

José Luis Puerto, *Proteger las moradas*, Madrid, Calambur, 2008, 126 pp.

Con este título, la editorial madrileña Calambur nos ha hecho llegar el último poemario, por el momento, del poeta albercano. Dicho título corresponde asimismo a uno de los poemas, el cual sintetiza el *espíritu* de esta obra y el de toda la producción literaria de J. L. Puerto. Destaco *espíritu* porque la poética de J. L. Puerto está imbuida de un acendrado idealismo (espiritualismo) hegeliano que todo lo objetiva hasta culminar en un *panenteísmo krausista* de gran calado. Ello es tangible en cuanto el lector ha avanzado unas pocas páginas en cualquiera de sus obras. En la que nos ocupa, dicha cosmovisión es más patente. Esto es, lo material e inmaterial (*lo pequeño, lo frágil, los enigmas celestes, la dignidad de la pobreza, el rostro de los desheredados...*) es pensado (objetivado) como moradas que cobijan las objetivaciones del espíritu, del *logos*, del Absoluto. Los contrarios que cada una conlleva se dan cita en sus poemas para posibilitar la síntesis salvífica. De aquí el título *proteger las moradas*, sintagma que es ruego para, entre todos, evitar el olvido de cuanto somos y hemos heredado, evitando así la destrucción en todos los ámbitos (físicos y metafísicos). Antes de seguir profundizando en estos aspectos filosóficos y antropológicos, procede hacer la presentación de este trabajo que, desde mi punto de vista personal, viene a ser la culminación del poeta en lo que a su madurez como tal se refiere. Certeras palabras y bellos tropos desgranados en silvas y breves poemas nos hacen partícipes de su indagación interior, brindándonos *revelaciones de esencias, consolación, belleza y luz ante las sombras*.

La obra consta de tres bloques de poemas y un *breve relato de pobreza y de luz*, que, a manera de coda, finaliza el poemario, y que yo me atrevo a sugerir sea leído aquél antes que los poemas, ya que en dicho relato el autor manifiesta el deseo de afirmar su misión como poeta: arrojar *luz frente a la noche de la precariedad*, el dolor, el olvido...El primer bloque, bajo el epígrafe "*protección de lo blanco*" -metáfora de la purificación- lo forman poemas dedicados a todo aquello cuya transparencia, fulgor, lejanía, liviandad,...nos invita al recogimiento, a la renuncia, a la contemplación e inicio a la tarea de protección de cuanto nos ha sido dado:

Me protege lo blanco
Aquí
Me lleva la memoria
A los lienzos y sábanas
A las gasas y vendas
Para cerrar la herida.
Lugar de permanencia
Éste
En que me da hospitalidad
El nómada
Y percibo un susurro que me lleva
A lo que más me importa.
Salgo purificado

La nieve, el lino, el lienzo, la cal, la niebla...son signos para nuestro poeta de levedad, *blancura del corazón, prolongación de la vida, anhelo de claridad...*

El segundo bloque, compuesto de doce poemas, lleva el epígrafe "*once motivos semíticos*". Como hiciera R. M. Rilke, nuestro poeta recurre a los relatos bíblicos para indagar sobre nuestra dignidad, la precaria fraternidad...y sus contrarios (el odio, la envidia, la incertidumbre...). Algunos versos son invocaciones (oraciones) al buen Dios que tanto significa para el autor (*preserva mi humildad y mi silencio*); otros -los más- son reflexiones sobre nuestra condición humana desde una perspectiva de culpabilidad por la pervivencia en el mundo de múltiples ultrajes humanos (*el ultraje del hombre/ llena de sombra el mundo/...Es corona de espinas que amenaza implacable/ la hermosa claridad de nuestro reino. Culmina abogando por las reconciliaciones en sus múltiples formas para seguir formando parte aún del paraíso (hay ramas que protegen / por siempre lo más puro/ que hay en nosotros,/ pues forma parte aún del paraíso...)*):

(hijo pródigo)

Teje, azul, con tus dedos invisibles
Los hilos del invierno,
Protege la delicia
De los primeros años,
Erradica la ira
Adherida a la urdimbre de vivir,
Busca la cercanía,
El roce, los abrazos,
La melodía de las reconciliaciones.
Teje y protege aquello más querido,
Sálvalo de la noche,
Azul,
Abre las puertas de la confianza

El tercer bloque lo forma una cuarentena de poemas bajo el epígrafe "*signos que graba el tiempo*", y en los que la futilidad, la nostalgia, la soledad, la espera, el olvido, la muerte, la ignorancia del extraño...se dan cita para revelarnos quiénes somos en realidad. Es este bloque el más lírico y variado. En él nuestro poeta nos acompaña, como Virgilio a Dante, para mostrarnos geografías más o menos amplias, lugares recónditos, pequeños detalles *-montañas de Dios, botánicas de invierno, aras, exvotos...-* e invitarnos a compartir sus vivencias y sentimientos más íntimos y así sondear en los nuestros. Todo ello para conducirnos en pos de ese saber del alma que la poesía propicia, en palabras de María Zambrano. A propósito de María, cabe añadir también en relación con este bloque lo mucho que de *confesión tiene*, entendida ésta como género literario, ya que en casi todos los poemas termina revelándonos sentimientos íntimos de carácter afectivo: *Dios del lugar/ protege lo pequeño/ ese orden del mundo/ labrado a la medida de las manos/ a la medida fiel del corazón.*

Nada escapa a la atención del poeta: la soledad amiga, el invierno tiempo de espera, la precariedad del trabajo, los inmigrantes, la recuperación de la memoria histórica... Preocupaciones que son expresión clara de un ser y estar en el mundo como ser doliente comprometido:

Su dolor
No detiene el festín de la barbarie
En el que estamos todos

("escaleras", dedicado a los inmigrantes)

Cavan, cavan,...
Buscan justicia
Los vendajes benéficos
De la restitución

("cavan", a la memoria de los enterrados en fosas comunes)

Es mucha la sabiduría que atesora la obra de J. L. Puerto. Su formación escolástica y filológica, unida a la veneración que profesa al acervo colectivo vivido y asimilado desde la infancia, ha generado en él una matriz gnoseológica que le permite una poética tan variada. Si se exceptúa el surrealismo, Puerto cultiva todas las corrientes poéticas. Lo elegíaco, la vocación de solidaridad humana en aras de una rehumanización que se impone cada vez con más urgencia, la desposesión y pérdida de tanto, la fugacidad del tiempo,...cohabitan en cada poema con la alegría de vivir y la esperanza en ir superando los contratiempos hasta alcanzar la paz interior en cada uno:

Qué tejer, qué tejer
Con estas hebras de melancolía
En la urdimbre de un tiempo
Que se va por la herida de la pérdida

Para no incurrir en demasiados tópicos, prefiero retomar la dimensión filosófica y antropológica aludida al inicio de esta reseña. Tampoco me libraré de expresiones manidas, pues la proliferación de trabajos como el que nos ocupa es ingente, resultando muy difícil, al menos para mí, eludir términos ya utilizados por otros. No obstante, espero aportar algo nuevo al respecto.

Como decía al principio, este poeta -como tantos otros de vocación antropológica (Cardenal, Neruda, Paz, Gamoneda...)- participa de los principios krausistas: visión armónica del universo, la ética del deber, la supremacía del Bien y la razón como principios orientadores, y la acción como filosofía de la vida (*librarse de lo precario/ ...que tanto afea al alma; que la vida es un don/ ya recibido/ y que sólo hay que dar/ pues es lo que nos salva/...; ...antigua ligazón que te mantiene vinculado a un tiempo/ hermoso y mítico/ que siempre se halla en ti...*). Y así podríamos estar desgranando perlas de este jaez hasta vaciar su obra y llegar a la misma conclusión que J. Martí al proponer que vivamos en la tierra debiendo hacerle bien.

(proteger las moradas)

Proteger las moradas

Salvar los territorios primordiales

Frente a cualquier devastación

Iluminar el mundo

.....

Proteger las moradas

Proteger las moradas

Aniceto Orgaz Rodilla